

038. La vida en un minuto

Cuando observamos de cerca a esas personas que más nos llaman la atención por sus grandes cualidades, pronto notamos que se distinguen por una gran *prudencia*. Son reflexivas, no se precipitan nunca, van paso a paso y no se equivocan nunca. La prudencia les hace evitar cualquier peligro y de este modo se ahorran muchos disgustos graves en la vida. ¡Qué bien que nos iría a todos esa prudencia previsoras!... Para no perder la vida temporal y mucho menos la vida del más allá...

Hace ya muchos años que una gran compañía petrolera lanzó un eslogan muy sensato para todos los conductores de vehículos, y que tuvo éxito internacional. Decía así:

- *Vale más perder un minuto en la vida que la vida en un minuto.*

Si todos los conductores lo hubieran tenido presente y le hubieran hecho caso, muchas tumbas estarían hoy vacías y en muchos hogares no existirían tantos corazones destrozados. Una velocidad apasionante o un viraje precipitado fueron la causa de la catástrofe irremediable.

La prudencia es una cualidad que salva muchas vidas. Dios sea bueno y nos conserve siempre la cordura...

Perder la vida en un minuto. Morir de accidente en un momento es hoy tan común, que casi no nos llama ya la atención. La técnica moderna, a la vez que ha traído bienestar y gozo, ha envuelto también con una capa de luto a muchos sectores de la sociedad. Son las limitaciones de la ciencia y de la previsión humana, que no llega a atisbar todos los escollos en que puede naufragar la vida. Esto hace que el hombre sea prudente y humilde, pues debe acudir a Dios para que nunca le falte el auxilio de lo Alto.

Pero esta realidad eleva nuestro pensamiento a un orden de cosas muy diferente.

Si la prudencia es necesaria en esta vida, lo es mucho más en los asuntos de la vida del más allá, más seria y trascendental sin comparación. Acertar en ella es la sabiduría consumada; equivocarse, es cometer un error que no tiene remedio.

Jesús nos propone en el Evangelio una parábola que es un encanto: la de las diez muchachas.

Se trata de una boda. A ella están invitadas diez damas de honor, que deben estar al tanto para cuando llegue el novio a buscar a la novia e iniciar el banquete y la fiesta. De momento, las diez charlan, ríen, bromean ante las puertas de la casa... Anochece, y, como saben muy bien su oficio, alistan las lámparas y las prenden. Pero como el novio tarda, todas empiezan a dormirar..., a dormirse..., y al cabo del rato no queda ni una con el ojo abierto... Hasta mitad de la noche, en que se oye el grito de los invitados, que llevan mucho esperando:

- *¡El esposo! ¡El esposo!... ¡Que ya está el esposo aquí!...*

Cinco de las diez muchachas, previsoras, han traído aceite de repuesto en sus vasijas. Las otras cinco, ven que las lámparas se están ya apagando y no les queda nada de aceite con que alimentarlas. Las compañeras prudentes les aconsejan:

- *¡Corran, corran a comprar a algún vendedor bueno que les abra a estas horas su tienda!...*

Pero, para cuando vuelven, la puerta del festín está cerrada, con todos los invitados dentro. Las cinco empiezan a llamar con lágrimas en los ojos y gritos de desespero:

- ¡Ábrenos, ábrenos!...

El esposo, molesto, como es natural, ante el fracaso de la novia con esas sus damas imprudentes, responde frío:

- *No sé quiénes sois. La puerta ya está cerrada...*

Jesús resume toda la parábola en esta sola palabra, que nos hace reflexionar:

- ¡Vigilen!

¿Lo dice esto Jesús para darnos miedo? No; miedo, no. Sino prudencia.

Porque en un minuto se puede perder una vida muy diferente y muy superior: la vida que Dios ha comunicado a sus criaturas más excelsas, el ángel y el hombre.

Las páginas de la Biblia son la mejor explicación y la mejor aplicación de esta sugerencia del Señor, que nos ama, vela por nosotros y nos quiere prevenidos.

- Lucifer y sus huestes perdieron la vida de Dios en un instante.

- Adán y Eva, en el momento fatal de un mordisco a la fruta apetitosa.

- David, en la mirada aquella a la mujer de la azotea.

- Judas, al estirar la mano a las treinta monedas relucientes...

Todos ellos tuvieron tiempo para pensar. A todos les alertó la conciencia. Todos vieron el *stop* o el semáforo en rojo. Pero en un minuto, en menos de un minuto, en unos segundos decisivos, dieron el *SÍ* irresponsable y suicida a la propuesta del mal. ¿Y qué vida perdieron?...

Analizando la Biblia y hojeando la Historia, vemos que eso de perder la vida en un minuto no es ninguna inventiva de nuestra imaginación vivaracha, sino una realidad a la que todo el mundo está expuesto.

Hay que saber conducir y conducirse siempre bien, porque no hay seguridad excesiva cuando pelagra el mayor bien que se posee, como es la vida.

Ante el deber que dicta tanto el instinto de conservación como la conciencia, la famosa compañía petrolera nos dio una regla de oro, que en nuestros labios se hace oración:

- *¡Señor, dame cordura en cada minuto de la vida!...*